

Prefacio a la edición en español

Por lo general, no solemos pensar que exista una conexión directa entre los países latinoamericanos y la cuestión palestina, y en especial con la catástrofe de 1948. Y sin embargo la hay, como demuestra un repaso detallado de la historia. No en vano, varios de estos países jugaron un papel crucial en la aprobación de la resolución 181, la célebre e infame resolución de partición de Palestina adoptada el 29 de noviembre de 1947. La lógica que la amparaba, y que suscribían tales miembros latinoamericanos de la ONU, decía que la terrible experiencia de los judíos en Europa merecía la compensación de un Estado judío en suelo palestino. El hecho de que los judíos fueran tan sólo un tercio de la población total de Palestina y de que, en su mayoría, hubieran llegado allí pocos años antes, no pareció tener ningún peso en la formulación de esta política.

Dada esta lógica, no sorprende que el plan de partición de la ONU de noviembre de 1947 no llevara la paz a la región, sino todo lo contrario, un sangriento choque entre la comunidad de colonos judíos y la población palestina nativa. La dirigencia sionista entendió la posición de la ONU como una carta blanca para transformar buena parte de Palestina en un Estado judío puro, es decir, para expulsar a los palestinos de todas aquellas áreas que el plan de partición destinaba a los judíos. Cuando se hizo evidente que ni los palestinos ni los Estados árabes circundantes aprobarían este plan, el

liderazgo sionista decidió ir más allá y tomar por la fuerza territorios que la partición había asignado a los palestinos. Al margen de lo que se convertiría en la Franja de Gaza y Cisjordania, los sionistas ocuparon casi el 80% de Palestina, desalojando a sus pobladores, destruyendo sus aldeas y ciudades y judaizando la tierra. Cisjordania quedó en manos jordanas mediante un acuerdo, mientras Egipto dispuso de la ínfima parte de territorio que constituía la Franja de Gaza.

Vista la magnitud tanto de la comunidad judía, y su fuerte apego por Israel, como de la comunidad palestina y árabe en países como España, Argentina y otros, sólo espero que sean ellos los primeros en leer y comprender la naturaleza y la verdadera dimensión del crimen cometido contra el pueblo palestino en 1948. Para el lector judío no será fácil. Yo soy un judío israelí, nacido en Israel, que sirvió en el ejército y estaba a punto de integrarse plenamente en la sociedad israelí cuando unos estudios de doctorado vinieron a cambiarlo todo. Descubrí la verdad de lo que había ocurrido en 1948 y, desde ese momento, me fue imposible no verme decisivamente involucrado, en especial como hijo de una familia judía alemana, muchos de cuyos miembros habían perecido durante el exterminio nazi.

He dedicado mi vida a diseminar esta historia por el bien de los judíos y de los palestinos. Sólo afrontando los acontecimientos de 1948, reconociéndolos y honrando la memoria de sus víctimas habrá una oportunidad de genuina reconciliación en Palestina e Israel.

Este libro es también para aquellos que en España, Argentina o más allá comprenden la importancia que lograr la paz en Palestina e Israel tiene para la estabilidad mundial. Si volvemos a la raíz del problema, tendremos ocasión de solventarlo. Espero también que la honradez de los lectores les lleve a entender, si es que aún no lo han hecho, la urgente necesidad de identificarse con la causa palestina y de contribuir a ella con los medios a su alcance. Se trata de una causa justa y moral, y en su solución pacífica reside la esperanza de un futuro mejor para todo el mundo, judíos, musulmanes y cristianos en la Tierra Santa de Israel y Palestina.

Ilan Pappé

Capítulo

1

Poder y conocimiento en Israel, 1948-2000

Siendo yo un niño judío, nacido en Haifa a principios de los años 50, todavía no había oído la palabra «nakba» (catástrofe) y por tanto no era consciente de su alcance. No fue hasta el instituto cuando descubrí este término. Tenía entonces tres compañeros de clase israelo-palestinos, y participábamos todos en excursiones guiadas por Haifa y sus alrededores. En esta época la Haifa árabe aún permanecía visible en la ciudad vieja: bonitos edificios, vestigios de un mercado cubierto destruido por los israelíes en 1948, mezquitas e iglesias. Estas reliquias daban testimonio del más glorioso pasado de la ciudad. Varias han desaparecido hoy en día, derrumbadas por los bulldozers de un ambicioso alcalde que borró todo lo que podía revelar los orígenes árabes del lugar. Pero en aquella época algunas casas subsistían, atrapadas entre nuevos edificios de hormigón. Los guías de las excursiones escolares las llamaban *khir-*

bat al-chayed, una vaga referencia a casas árabes provenientes de un período sin identificar. Mis compañeros de clase palestinos murmuraban que se trataba de casas que habían sobrevivido a la Nakba de 1948, pero no se atrevían a desafiar a sus profesores, ni a desarrollar lo que pensaban. No me interesé mucho por la historia en mi juventud. Aprendí el árabe «literario» en la escuela, en lo que se llamaba una clase «orientalista», que preparaba a los alumnos para una carrera en los servicios secretos del Ejército israelí. Y allí fue, efectivamente, donde cumplí con los tres años de servicio militar obligatorios, incluido el año 1973. No era mal taller para pulir mi árabe, aunque pernicioso para alguien que creyera lo que el sistema le decía del «enemigo».

En la época del servicio militar y de mi diplomatura en Jerusalén –en el Departamento de Historia de Oriente Próximo de la Universidad Hebrea– yo era lo que podríamos llamar un sionista de izquierdas; trabajaba como consejero del Mapam (siglas en hebreo del Partido Unificado de los Trabajadores). Mi papel consistía en coordinar el trabajo del partido en los campus y en aconsejar a los parlamentarios sobre los «asuntos árabes». Todavía muy condicionado, consideraba el sionismo de izquierdas como una postura pluralista y liberal, que criticaba el sionismo a la vez que lo consolidaba moral y políticamente. Fue únicamente después de haber dejado el país para emprender mis estudios de doctorado en Oxford cuando entendí cuánto me equivocaba. Pero ya durante mis últimos días en Jerusalén, mientras participaba en un seminario sobre el conflicto dirigido por el profesor Yehoshua Porath –historiador israelí que era

un experto en el movimiento nacional palestino—, aprendí muchas cosas sobre los lazos que había entre el imperio británico y la dinastía hachemita de Jordania (dos actores que Porath admiraba). Él era el primero en decir claramente que hubo acuerdos básicos entre Jordania e Israel en el pasado, acuerdos que esperaba siguieran en el futuro. Fue en esta ocasión cuando decidí dedicar mis estudios superiores a la cuestión de 1948, sin saber todavía lo que iba a descubrir y sin captar las implicaciones de semejante investigación sobre la mitología fundacional del Estado de Israel.

En 1980 empecé mi trabajo sobre la guerra de 1948, como doctorando en el St. Antony's College de Oxford, bajo la dirección de Albert Hourani y de Roger Owen. Albert Hourani se encontraba entonces al final de su carrera universitaria, aunque poco después de mi llegada había empezado a trabajar sobre su magnífica y popular *A History of the Arab Peoples*.¹ Yo era su último estudiante en Oxford. Por su parte, y a mitad de su carrera, Roger Owen era ya un investigador reconocido que trabajaba, entre otras cosas, sobre la historia económica y social de la Palestina del Mandato.² No hubiera podido esperar a nadie

¹ New York, Faber & Faber, 1991. [Existe una versión en castellano: *La historia de los árabes*, Barcelona, Ediciones B, 2003.]

² Roger Owen (ed.), *Studies in the Economic and Social History of Palestine in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, St. Antony's, Oxford y Macmillan, London, 1982; Roger Owen, «The Economic Development in Mandatory Palestine, 1918-1948», en George T. Abed (ed.), *The Palestinian Economy*, I. B. Tauris, London & New York, 1988, pp. 13-35.

mejor para dirigir una tesis. Albert, quien ya había representado a la causa palestina ante el comité angloamericano en 1946 y que seguía siendo un especialista comprometido sobre el conflicto, y Roger, con fuertes lazos con la izquierda británica y el mundo universitario propalestino; ambos conocían bien el relato palestino de 1948. Esto no sólo implicaba reconocer la versión del bando que, para mí, había sido el «enemigo» hasta aquel momento, sino poner al descubierto toda la mitología y fabricación presentes en la versión que había escuchado desde niño. Ambos me guiaron en los archivos. Ellos, tanto como yo, estaban inseguros de lo que allí encontraría y de la manera en que mis propias opiniones de sionista de izquierdas afectarían a mi reacción ante documentos sobre la guerra de 1948, cuyo secreto se desvelaba entonces.

Mi intuición me decía que había de empezar mi viaje en el año 1948, según el enfoque británico. Presuponía que, en términos generales, la política británica había sido neutral, en la medida en que los decisores londinenses detestaban a ambas partes. Desde un punto de vista metodológico me preparaba, pues, para una investigación sin zambullidas teóricas, un trabajo evidente de descodificación de documentos diplomáticos que había que articular para describir de forma coherente una política. Como Roger Owen me recordaba de vez en cuando, la descripción académica de una postura política siempre está más clara que la postura en sí, llena de contradicciones y paradojas. Después de unos meses cruzando archivos, me di cuenta de que la política británica respecto a la guerra de 1948 había sido menos neutral de lo que

había pensado: antes bien, había sido antipalestina. El Gobierno de Su Majestad —el rey Jorge VI— consideraba la creación de un Estado judío y de un Estado jordano, dos entidades políticas que compartirían la Palestina histórica del Mandato, como la mejor solución al conflicto y el medio más seguro para salvaguardar los intereses del imperio en la región. Se trataba, por tanto, de una política antipalestina y, como mi compañero Avi Shlaim decidió llamarlo, de una colusión entre Israel, Jordania e Inglaterra que borraba del mapa, por así decirlo, a Palestina y a los palestinos.

Armado de una tesis totalmente basada en archivos, que en su mayoría aún no habían sido desclasificados, y con un relato sencillo, seguía convencido, tras haber acabado mi doctorado en 1984, de que mi trabajo era puramente universitario y tenía poco interés para la política o para cuestiones contemporáneas. Erré durante varios años buscando un puesto universitario, transformando a la vez mi tesis en un libro que se publicó en 1988, *Britain and the Arab-Israeli Conflict, 1948-1951*.³ Este libro desacraliza un mito israelí de base, a saber, que Inglaterra era el enemigo del sionismo y de Israel en 1948. Ya en el temprano 1917, como después en 1948, tanto el Estado judío como la catástrofe palestina se hicieron realidad esencialmente por la política prisionista del Gobierno británico.

³ Ilan Pappé, *Britain and the Arab-Israeli Conflict, 1948-1951*, St. Antony's College Series, Macmillan Press, London & St. Martin's Press, New York, 1988.